

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ
INSTITUTO MORA

EL *porfiriato* Y LA *revolución* A
LOS OJOS DE UNA *dama inglesa*



ROSA ELEANOR KING VIO PASAR POR SU HOTEL Y SU CASA DE TÉ DE CUERNAVACA A PERSONAJES CLAVE DE LA HISTORIA POLÍTICA MEXICANA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX. PORFIRIO DÍAZ, VICTORIANO HUERTA Y FRANCISCO MADERO ESTUVIERON ENTRE SUS HUÉSPEDES. DONDE LA CLASE ALTA NACIONAL Y EXTRANJERA DISFRUTABA DE DÍAS DE OCIO, PUDO CONOCER Y DESCRIBIR SUS IMPRESIONES DE CÓMO ERAN AQUELLOS HOMBRES POLÍTICOS EN HORAS DE DESCANSO.

I

La vida de Rosa Eleanor King, por cierto longeva, se liga a la historia de Cuernavaca en tres momentos: el primero, cuando el gobierno de Porfirio Díaz se acercaba a su fin; luego, durante varios años de la revolución y, posteriormente, ya concluida esta. De nacionalidad inglesa, hija de Dora y Moisés Cummins, vio la luz en India en 1865 y murió en Cuernavaca, Morelos, en 1955. Pasó la niñez en aquel país lejano, donde su padre tenía plantaciones de té, y la adolescencia en Gran Bretaña. Después emigró con su familia a Estados Unidos, se casó con Norman Robson King y con él tuvo dos hijos. En el primer lustro del siglo xx viajó a varios lugares de nuestra república y radicó en la ciudad de México. Sabiendo que Cuernavaca y el valle del mismo nombre tenían fama por su buen clima, prosperidad y belleza, acompañada de su esposo visitó inicialmente esa ciudad en 1905, pero no les agradó. Era la temporada de secas, le tocó ver un paisaje oscuro y padecer las sofocantes nubes de polvo. Pero su destino estaría atado a Cuernavaca porque hasta allí se mudaría entre 1907 y 1914. En agosto de este último año fue obligada a salir hacia Tenango, Estado de México, debido al avance y cerco de los zapatistas. Un tiempo residió en Orizaba y el puerto de Veracruz, y en lapsos breves regresó a la capital morelense, en 1916 y 1923. Finalmente, en 1928 optó por residir donde moriría en 1955: en la Villa Internacional.

¿Qué le pasó a Rosa King en esta población sureña? En 1907 volvió a Cuernavaca, creyendo que le iría bien. Para entonces era una viuda con dos chiquillos que mantener. Su optimismo y esperanza parecieron aumentar cuando observó de nuevo el valle en su trayecto por tren: esta vez el clima estaba agradable y no hubo polvaredas. Miró con

deleite el verdor del campo, los cañaverales, maizales y demás plantíos, el ganado que apacentaba y los labradores que trabajaban, asimismo los enormes edificios de seculares haciendas que *irradiaban una especie de aire feudal*. Un paisaje al que se sumaron las agresivas barrancas que flanquean como fortalezas a Cuernavaca, los arroyos al pie de los cerros donde lavaban algunas mujeres locales e infinidad de chozas ataviadas con buganvillas y, sobre las nubes, los picos nevados de los dos imponentes volcanes, *el Popo y la Mujer Dormida*.

Llegada a la estación, subió al carruaje tirado por mulas, siguió en el accidentado camino y entró al pueblo dando tumbos en las calles empedradas y angostas. Distinguió luego la plaza principal, es decir, el Zócalo, el Palacio de Cortés, los comercios, el mercado con sus portales, las casas y casonas, la gente. Se hospedó en la vieja posada Bella Vista y días después, recorriendo la ciudad, visitó el jardín Borda, la catedral, y halló una casita de un piso con grandes ventanales de hierro, la cual rentó a su dueño, el coronel Manuel Alarcón, a la sazón gobernador de Morelos. Poco a poco la fue vistiendo con lo que compró o ya tenía en la ciudad de México.

La necesidad hizo aflorar en ella la vena de negociante y no tardó en establecer en su morada el primer salón de té de la población, así como una tienda de curiosidades, en la que vendió bordados a mano, vestidos, brocados, cuero repujado, finos peines, artesanías y alfarería fabricada por indígenas de San Antón. En este último lugar puso además un modesto taller de cerámica. Contenta, como lo recordaría, fue entonces que pensó traer a sus hijos a Cuernavaca para formar ahí su hogar, donde todo era paz y belleza, y nada había cambiado ni habría de cambiar.

◀ J. G. Hatton, *Hotel "La Bellavista"*, Cuernavaca, México, ca. 1910. Tarjeta perteneciente al fondo pictográfico de Colecciones Especiales de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

No falló en aquel salón la concurrencia de hombres y mujeres, de estadounidenses, uno que otro canadiense y algún francés, la de sus compatriotas y de mexicanos, en especial de algunos terratenientes, políticos, empresarios y comerciantes locales. Allí se dieron cita para gozar de un rato agradable, en tanto comían panecillos y bebían un rico té, sentados junto las pequeñas mesas de manteles finos, cubiertos de plata y las tacitas de la vajilla china de la señora King, oyendo el piano que tocaban ella misma y eventualmente un músico o un huésped. Todos elegantes, muy bien educados y estimados entre la alta sociedad, se comportaban con el aire de su ser cosmopolita, hablaban las más de las veces

En 1909, su amigo Pablo Escandón, quien ocupó la gubernatura de Morelos, le sugirió que comprara la posada Bella Vista, que la remodelara y la convirtiera en hotel. Pensando que no era una mala idea, la señora se hizo de ella, echó a andar la obra y en poco tiempo estuvo lista.

en francés e inglés. Los hombres acerca de negocios, política, viajes. Las mujeres sobre modas, perfumes, evidenciando sus códigos de valores, su bienestar, privilegio y admiración a Porfirio Díaz, a quien reconocían por hacer de México un país moderno en un tiempo de orden y paz.

A fines de 1908 el gobernador Alarcón murió y le subieron la renta del lugar a Rosa King. Su economía le permitió pagarla y, para su suerte, le construyeron un segundo nivel a la casa, por lo que pudo acomodarse mejor. En 1909 su amigo Pablo Escandón, quien ocupó la gubernatura de Morelos, le sugirió que comprara la posada Bella Vista, que la remodelara

y convirtiera en hotel. Pensando que no era una mala idea, la señora se hizo de ella, echó a andar la obra y en poco tiempo estuvo lista. El inmueble conservó el nombre original, y a su inauguración, en junio de 1910, concurrió gente importante de Cuernavaca y de la capital del país. El *Mexican Herald*, subsidiado por el gobierno, le había hecho buena propaganda y llovieron las reservaciones. King se dio a la tarea de organizar conciertos, pequeños bailes, partidas de *bridge*, días de campo, excursiones a poblados cercanos, paseos en cabalgatas. Años después recordó cómo, en la noche de la apertura, hubo una confusión embriagadora de voces, risas, música, luces, que se mezclaba con el perfume de las damas y las flores; pero también, cómo afuera se perfilaban las sombras de los vecinos humildes del pueblo, quienes se habían reunido en lo oscuro del Zócalo para presenciar el festejo.

Una estancia agradable en Cuernavaca estaba garantizada si se iba al Bella Vista. En pocos meses llegó a ser uno de los más famosos del lugar. ¿Y cómo no? El hotel tenía varias sillas en el portal, tres patios donde se agrupaban 30 comodísimas habitaciones con baño privado, una escalera de piedra con barandal de hierro forjado a un costado del patio central con una vieja fuente, un servicio excelente, cantina, comedor, mesas de lectura, escritorios, el mencionado piano, candiles, pisos de mosaico, cuadros y jarrones. Los huéspedes podían admirar los jardines interiores hechos con enredaderas, plantas y flores, y escuchar la relajante caída del agua de la fuente, así como las pláticas amenas de la dueña. De todo lo anterior, la fuente le fascinaba: *Cuando evoco mi viejo Bella Vista, es siempre lo que sale al encuentro de mis recuerdos.*

Se acercaban las fiestas del centenario y King recibió a propios y extraños en el ho-



tel y su salón de té. Entre otros personajes a Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Luis Cabrera, y para asistir a los festejos, viajó a la ciudad de México a mediados de septiembre de 1910. Luego recuperó un diálogo que tuvo por aquellos días con el gerente del Bella Vista, el joven escocés Willie Nevin, quien opinaba que Díaz con tanto festejo y exceso quería desviar la atención de los mexicanos en Madero y las elecciones. También le dijo que un *fulano* llamado Emiliano Zapata andaba agitando a la gente cerca de Cuautla. Asoció entonces una serie de imágenes que había guardado en su mente: la miseria y la desgracia de los indígenas, esos pobres con los pies descalzos y endurecidos como piedra, siempre maltratados y comprometidos cual siervos por la deuda que tenían con la tienda de la hacienda. Compadecida de estos, le pareció ruin que les arrebataran la tierra que tanto

trabajaban y amaban. Consideró cruel que en medio de la abundancia, le faltase algo a alguien. Para King, ese era el horrible reverso de la medalla en Morelos.

II

Fruto de muchos recuerdos es *Tempest over Mexico. A personal chronicle*, una extraordinaria historia novelada donde Rosa E. King rescató sus vivencias y los hechos que acontecieron durante su estancia en Cuernavaca. Publicado en 1935 fue traducido del inglés al castellano bajo el título *Tempestad sobre México*, por Adriana Estrada Cajigal, de quien sabemos datos biográficos de la autora y a la que conoció en la capital morelense hacia 1950. Se trata de un testimonio directo, una fuente de primera mano, útil para conocer la visión de aquella mujer de notable memoria, sensibilidad e inteligencia. Un texto que atrapa

▲ Francisco I. Madero aclamado por la gente durante su entrada a Cuernavaca, Morelos, junio de 1911, Archivo Casasola, inv. 5740. SINAFO, CONACULTA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

▶ Schlattman Hnos., Plaza de Cuernavaca, México, 1897. Southern Methodist University, Central University Libraries. <<https://www.flickr.com/commons/>>



al lector por su ágil narrativa, que lo devora desde el principio hasta el final. Construido con base en diálogos y referencias propios de King, así como los que puso en bocas de otros, en él predominan el amor, la justicia y la libertad como valores, el uso recurrente de la metáfora y la percepción detallada del tiempo y el espacio, la vida cotidiana, las personas y las cosas. Su creadora lo dedicó con gran afecto al país que fuera su hogar, a su gente y a sus vecinos, con el deseo de que su experiencia de extranjera pudiera guiar a otros a mirar y entender desde fuera con mayor profundidad a México.

La escritora recordó haber visto a través de una ventana del hotel el ingreso de los revolucionarios a Cuernavaca y que además de esta escena oyó en la noche una *banda patética* en el Zócalo, que tocaba una música discordante, extraña, a veces ejecutada a modo

de gozo y dulzura, otras como un lamento de *cuatro siglos de injusticia*, y que esta música le pareció ejecutada para quienes luchaban por una amada causa. Pero al mismo tiempo, estremecida, se alegró de ser inglesa y de que esa no fuera su revolución.

Registró que Madero llegó a la urbe el 12 de junio de 1911 para entrevistarse con Zapata y que este *valiente caudillo* pasó revista a sus tropas, un espectáculo que no la decepcionó. Meses después, siendo ya presidente, Madero regresó, esta vez acompañado de su esposa, y entre la recepción de mucha gente, vio a Zapata en la estación de trenes, al que distinguió como un hombre moreno, de figura masculina elegante y gallarda, con un bigote espeso y negro que hacía relucir sus espléndidos dientes, vestido de pulcro traje de charro y montado sobre un hermoso caballo. Rosa King diría que Zapata no comprendía el significado de



◀ Schlattman Hnos., *Kiosco de Cuernavaca, México, 1897*. Southern Methodist University, Central University Libraries. <<https://www.flickr.com/commons/>>

lo que estaba haciendo, ni que iba a alcanzar una altura cercana a la de Hidalgo y Juárez en la historia de la emancipación social del país.

Entre sus apreciaciones, la autora asentó que después de la ruptura de Zapata con Madero, los federales emprendieron la persecución contra el caudillo y sus seguidores, pero no evitaron que asaltaran los trenes y atacaran por sorpresa los alrededores, ni pudieron acabar con su guerra de guerrillas. Señaló que la prensa no tardó en desprestigiarlos, calificándolos como *abominables malhechores*, y que a pesar de que ella se sentía a salvo en Cuernavaca, le irritaba la situación, sobre todo porque sus negocios habían decaído. Aclaró, sin embargo, que los principales comandantes militares *siempre* se alojaron en el Bella Vista, que fueron respetuosos y les dio por llamarla *mamacita*. Entre ellos destacó al capitán Fe-

derico Chacón, quien sería su mejor amigo y al que le debería luego la vida; asimismo al general Felipe Ángeles, con el que entabló también una gran amistad.

Rosa King no olvidó a Victoriano Huerta como huésped de su hotel, de quien dice que le gustaba charlar y comer ciruelas con ella. Bebía mucho, por lo que había que llevarlo a la cama. A la mañana siguiente, como si nada, montaba a caballo y ponía en movimiento a todo su ejército para peinar la montaña porque su fin era capturar a Zapata. Cuando debió partir a la ciudad de México, Huerta estrechó su mano y le dijo que se llevaba la banda militar, pero antes había ordenado que otros músicos tocaran en el Zócalo, a lo que King añadió que hasta en *los peores momentos* no faltó en las noches quien allí tocara.

Nuestro personaje tampoco omitió mencionar a Juvencio Robles. Recordó que, poco



▲ Zapata desfilando ante Madero, Cuernavaca, Morelos, 12 de junio de 1911, Archivo Casasola, inv. 5758. SINAFO, CONACULTA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

antes de alojarlo en su casa, el día de su cumpleaños le llevó las *Mañanitas* bajo su ventana. Que fue implacable en la campaña contra los zapatistas y que llegó a decirle: *Usted es mujer y no puede entender estas cosas, mi propósito es limpiar su hermoso estado de Morelos* y, además, que si se resistían los rebeldes, los colgaría *como aretes* en los árboles. Por su parte, ella apreció la resistencia de esos luchadores que defendían *su amada tierra*; le sorprendió cómo sus mujeres buscaban proveerlos y, al igual que los ancianos y niños, padecían desgracias. Poco a poco comprendería que no constituían un ejército, sino *un pueblo en armas*.

King cerró el taller y el salón de té, pero no el hotel donde se sentía a salvo. Su ánimo cambió cuando llegó el general Felipe Ángeles, de quien ya había oído que no toleraba que los soldados cometieran injusticias ni crueldades.

La lucha continuaba en el estado, aunque con menor intensidad. Parecía que había regresado la paz a la capital de Morelos. Ambos recibían noticias sobre la ciudad de México y se preocuparon por lo mal que estaban las cosas; ella entonces opinó que Madero se había equivocado al conservar gente de Díaz en el gobierno y además, porque había hecho sólo unas cuantas reformas, debido a lo cual, *las masas, tantas veces traicionadas*, dudaron que él quisiera ayudarlas.

No pasó mucho tiempo para que Madero se refugiara en Cuernavaca. ¿Dónde? En el Bella Vista, en cuya fachada, para protegerlo, se izó la bandera británica. Rosa King sintió miedo y preguntó a Ángeles qué ocurría. Él respondió que en la madrugada del 9 de febrero (de 1913) un grupo de militares se había insurreccionado. En tanto cenaban el presidente y su comitiva

en el hotel, en la plaza se reunió una multitud que empezó el abucheo, la rechifla y la gritería de *¡Muera Madero!* Tras esa amarga velada, Ángeles intentó convencer a Zapata de que pactara con el ejecutivo, pero fue en vano. El 12 de febrero Madero y Ángeles dijeron adiós a su anfitriona, quien días después se enteró de que en la noche del 22 el presidente y el vicepresidente de la república habían perdido la vida por accidente, cuando en una riña callejera los habían alcanzado unos disparos. Presintiendo que la situación era muy insegura en Cuernavaca, Rosa King viajó con su hija Vera a la ciudad de México, y tras varios años, aclaró, conocería los detalles del *vergonzoso asesinato*.

III

Rosa King consignó en varios pasajes de su libro cómo los zapatistas fueron ganando gente y terreno en Morelos, además apreció la devoción que sentían por su caudillo, quien perseguía la tierra y la libertad para el pueblo; paralelamente, registró la campaña para exterminarlos. Y en algún momento, entre sus vivencias, evocaría lo que padeció en la capital del estado y cuando expresó su angustia, cada vez mayor, llegando a exclamar: *¡Soy una extranjera! ¿Por qué tengo que sufrir esta revolución? ¡Estoy viva! ¡No acabarán conmigo! ¡Este no es mi país! ¡Este no es mi pueblo! ¡Lo odio... lo odio!*

Una tarde, en el centro de la ciudad de México, en la pastelería El Globo, vio a Huerta bebiendo su *té*, que era más bien su brandy. Le preguntó si creía que pudiese regresar a Cuernavaca sin peligro; él le dijo que sí y que pronto habría paz y prosperidad en el país. Ya en el hotel, King se percató de algo muy distinto, pues la situación en México iba de mal en peor, no sólo a causa de la guerra, sino

también porque había atracado un barco de guerra estadounidense en Veracruz. Advirtió la reacción local, asimismo supo que para entonces el régimen era combatido por afamados líderes como Carranza, Obregón —a los que vio alguna vez—, y *el terrible* Pancho Villa.

En sus idas y venidas a México, la escritora conoció a Helene Pontipirani, guapa joven rumana, corresponsal de periódicos franceses, quien la acompañó al castillo de Chapultepec, donde visitaron a Huerta, y viajó con ella a Cuernavaca. Después de varias anécdotas en torno a la misma, señala King que no era otra cosa que una espía de Villa.

Los zapatistas se habían replegado, pero mantenían el cerco en la urbe morelense. El general Pedro Ojeda estaba a cargo de la plaza, y King supuso que sus problemas

Rosa King no olvidó a Victoriano Huerta como huésped de su hotel, de quien dice que le gustaba charlar y comer ciruelas con ella. Bebía mucho, por lo que había que llevarlo a la cama. A la mañana siguiente, como si nada, montaba a caballo y peinaba la montaña para capturar a Zapata.

quizá terminarían y que podría ir pronto a México, donde la esperaba su hija. Además se puso contenta porque Federico Chacón había llegado a Cuernavaca. Sin embargo, quedaron aislados de la ciudad de México y las provisiones se fueron acabando, de tal suerte que se organizó la salida de buena parte de los habitantes, que debieron marchar por las montañas hacia Tenango. Uno de los pasajes más intensos en la obra es este episodio, cuando Chacón acompañó y salvó a la autora. Esta describe con lujo de detalles y vehemencia



▲ Jardín Borda, ca. 1900. Colección particular de Sergio Estrada C.

Jardín Borda, ca. 1915, en Mario D'Arpi, *México*, Italia, Instituto Italiano de Artes Gráficas, 1924. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"-Instituto Mora.

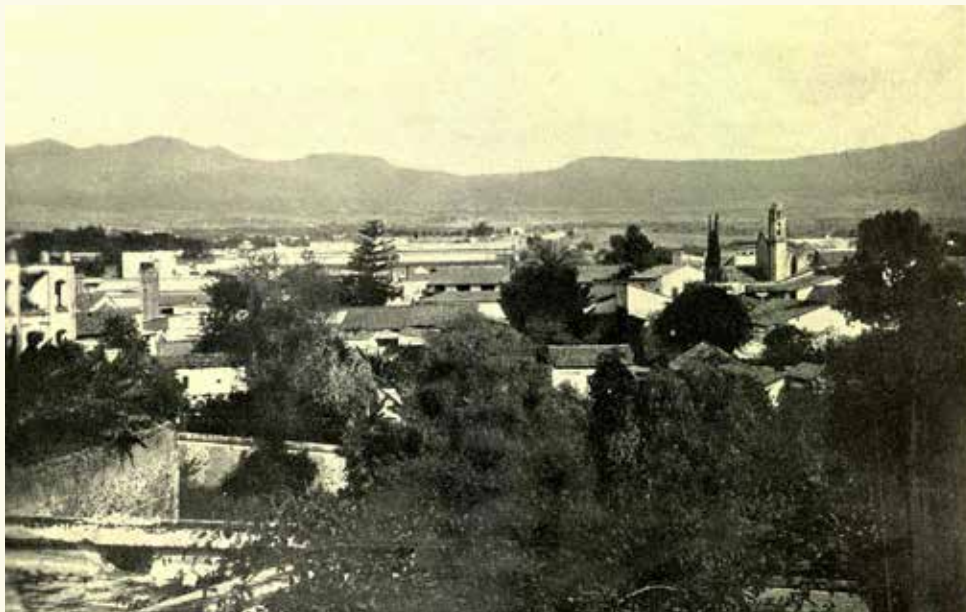


cómo vio morir y herían a muchos; cuando padeció sed, hambre y se lastimó la espalda. Pese a todo, su carácter, valentía e instinto de conservación pudieron más. A ratos recordaba el Bella Vista, sus jardines, la fuente, el piano. En otros, intentó ayudar a sus semejantes. Y hubo un momento clave que fijó en su memoria y que compartió para siempre con sus lectores: Ya no se sentía sola ni apartada. No había distinción de raza, clase y nacionalidad. Estaba con la gente, era parte de ella.

Rosa King llegó a Tenango y con el apoyo de las tropas carrancistas pudo viajar en tren hacia Toluca y la ciudad de México, donde se reencontró con su hija, y ambas se fueron por breve tiempo a Orizaba y al puerto de Veracruz. Señaló que en 1916, de vuelta en Cuernavaca, halló a varios de sus sirvientes entre las ruinas del Bella Vista y, con un dejo de molestia, refirió que el saqueo de la capital, los pueblos y las villas morelenses en poder del general Pablo González había sido implacable e impune. Evocó una plática con este carrancista y cómo, al mencionar la posibilidad de recuperar su propiedad, él le dijo que no era hora *de ponerse a hablar de reconstrucciones*. Registró haberse enterado luego de la muerte

de Zapata, y consideró que entre sus seguidores no habría quien pudiera ocupar su lugar. Además, que al ver las paredes ennegrecidas de su hotel, sintió morir. En una ocasión, mientras caminaba por la calle, se detuvo frente al palacio de Cortés y pensó: *Éste es el fin de Rosa King*. Al tiempo comentaba que *lo había perdido todo* y que su salud *estaba por completo deteriorada*.

Asentó finalmente nuestra autora que pasados 30 años desde la primera vez que conoció Cuernavaca, volvió para vivir en ella *porque yo soy de allá*. Se veía a sí misma sentada en una mecedora y en el mismo portal del Bella Vista, ya reedificado por otro dueño. Rescató el paseo tranquilo de los indígenas locales y las melodías mexicanas que tocaba una banda en la plaza, a la par de los rostros, los fantasmas y los hechos que desfilaban en su memoria. Comparaba el ayer con el hoy y en tanto miraba a su alrededor, dejaba claro al lector que para entonces sólo encontraba paz, reposo, antigüedad, modernidad. Y que suspiraba, pero no por su crisis existencial, sino por lo que el futuro deparaba en días, años y siglos a aquella ciudad que había adoptado como *su lugar*.



▲ Francisco I. Madero llega junto con su esposa al Palacio de Cortés en Cuernavaca, 12 de junio de 1911, Archivo Casasola, inv. 36255. SINAFO, CONACULTA-INAH-MÉX.

Francisco I. Madero acompañado de su esposa y otros, Cuernavaca, Morelos, 12 de junio de 1911, Archivo Casasola, inv. 468346. SINAFO, CONACULTA-INAH-MÉX. Reproducciones autorizadas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Vista general de Cuernavaca, ca. 1915, en Mario D'Arpi, *México*, Italia, Instituto Italiano de Artes Gráficas, 1924. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"-Instituto Mora.

PARA SABER MÁS:

KING, ROSA ELEANOR, *Tempestad sobre México*, traducción de José Luis Alonso Cruz, prefacio Tedi López Mills, CONACULTA, México, 1998.

WOMACK, JOHN, JR., *Zapata y la Revolución mexicana*, 3ª ed., trad. de Francisco González Aramburu, Siglo XXI Editores, México, 1970, pp. 15, 60, 63, 98, 152, 164-165, 252-254, 263-264 y 357 (Historia y Arqueología).

MARTÍNEZ BARACS, ANDREA, "Una inglesa en Cuernavaca", <http://bit.ly/1q69HJM>

Ver: <http://bit.ly/1paEwxp>